

LA NOVELA HISTORIADA

Rosa PERALTA

DON FERNANDO BENÍTEZ ha compuesto una novela de tema histórico que se llama *El rey viejo*. El tema es el hundimiento del gobierno de Carranza; su huída de la ciudad de México; el abandono del ferrocarril que lo llevaba a Veracruz ante el hecho de que sus enemigos habían levantado la vía y destruido los puentes; la penosa caminata por la sierra de Puebla; el asesinato de Carranza en Tlaxcalaltongo, más el regreso de su cadáver a la Capital y la sepultura de él en una fosa común del panteón de Dolores.

Aun cuando quizás no tan sobresalientemente como en otros países, en México se ha cultivado la novela histórica: en nuestra época, la llamada "novela de la Revolución" tiene mucho ese carácter, y el general Urquiza y don Martín Luis Guzmán han publicado relatos novelados sobre el mismo tema trabajado ahora por el señor Benítez.

Es innecesario lanzarse a especular sobre la medida en que puede tomarse como historia la novela histórica, o, más propiamente, el relato historiado. Baste recordar que hasta tiempos relativamente recientes la Historia había sido considerada como un verdadero género literario, con títulos iguales, digamos, al drama o la poesía. Por eso, aun en el día de hoy suelen incluirse en las antologías literarias páginas de los grandes historiadores del mundo, o de un país o época determinados. También conviene recordar que a pesar de los esfuerzos para sustraer a la Historia de las humanidades y meterla dentro de las ciencias sociales —haciéndola, así, una historia "científica"—; a pesar de los esfuerzos de limitarla a "lo que realmente ocurrió en el pasado", se sigue esperando de la Historia, a más de informar o instruir, que recree y enseñe alguna lección moral.

Todos estos antecedentes son, pues, propicios, a la novela historiada o la historia novelada. En el caso particular de

El rey viejo, sin embargo, hay ciertas circunstancias puramente literarias que le restan eficacia histórica. A despecho de la antipatía que despierta la idea y la expresión de un "don divino", siempre he temido que de vez en cuando nacen unos cuantos hombres con el don divino de escribir. Los desheredados de esta gracia pueden mejorar su estilo con el tiempo, el consejo y los buenos modelos; llegarán así a ser escritores correctos —o "atildados", como antes se decía— y "eficaces", es decir, capaces de transmitir sus ideas y emociones a los lectores, pero sin lograr encender en ellos la flama también divina del goce estético, de la gran belleza. Se quedarán en hacerles entender lo que se propusieron decir.

Entre los mexicanos de hoy, Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán son ejemplos de escritores natos; entre los sudamericanos conocidos aquí, Germán Arciniegas y Mariano Picón Salas. Hace diez años, digamos, pudo haberse creído que en don Fernando Benítez podía haber otro escritor de éstos. Así lo dieron a entender algunos cuentos sueltos que publicó en diarios y revistas, y aun su *Ruta de Cortés*, un relato muy bien logrado y que corrió con la buena fortuna de duplicar la edición española original y traducirse a una o dos lenguas extranjeras. La lectura de *El rey viejo* despierta la sospecha de que la verdadera categoría de don Fernando Benítez es la del escritor "eficaz". No puede caber la menor duda de su capacidad de relator, que crea en el lector interés y aun emoción; pero es curioso que en balde se releería su libro para encontrar una expresión singularmente feliz, una metáfora nueva o una forma bella por la palabra o la imagen. Su idioma no es vulgar, pero tampoco singular, y menos singularmente bello. Así, la historia no gana con él nada especial, pues es perfectamente concebible y posible que un historiador escriba historia verdadera con una lengua tan expresiva y eficaz.

Para el historiador "puro", sin embargo, el aspecto más extraordinario que presenta *El rey viejo* es otro. Su autor —todos sabemos— es un escritor "comprometido", o, como antes se decía, un escritor con "mensaje" o escritor mensajero. Es más posible que el propio don Fernando Benítez crea que

su compromiso o su mensaje es político, cuando, en realidad, es moral. Se ha lanzado a escribir *El rey viejo* para recordarnos —o demostrarnos— la grandeza moral de Carranza.

Ha fracasado en esto, sin embargo; y la causa de su falla nada tiene que ver con la historia, sino con la literatura. Eligió como medio de presentar y desenvolver su tema el muy conocido de un diario que escribe, no Carranza, el héroe de la narración, sino un abogadillo, dizque intelectual, algo así como secretario o confidente privado. En ese diario se registran, por supuesto, la visión, los pensamientos y las emociones del diarista. El tono general de la cosecha no es de admiración a Carranza, sino de desprecio, lo mismo para quienes lo “traicionaron” que para quienes lo siguieron. De hecho, la pequeñez del diarista —no la grandeza de Carranza— es la nota dominante del libro. La conclusión moral es una grandeza relativa de Carranza: grande resulta porque sus semejantes eran pequeños.

El error de técnica literaria de don Fernando Benítez ofrece así una preciosa ilustración de cómo trabaja el historiador y, por lo menos, de cómo debiera trabajar el literato. A la grandeza relativa de Carranza hubiera llegado fatalmente un historiador, pues como no persigue el fin de una enseñanza moral, habría expuesto los pros y los contras de Carranza, de los suyos y de sus enemigos. Pero el literato, que quiso hacer de Carranza un héroe —es decir, hijo de un dios y de una mujer—, debió haber llegado, por la vía del relato impersonal, o por la vía de un relato puesto en boca del héroe, a la moraleja de que Carranza fue más grande que sus grandes enemigos.

Queda un solo punto de interés en este comentario: hasta qué punto la novela historiada da, por fuerza, una pintura parcial de la realidad histórica. Quien ignorara la mexicana de esta época y leyera *El rey viejo*, concluiría que a Carranza le desertó todo el ejército revolucionario simplemente porque sí, o, para usar el lenguaje del moralista de esta novela, porque no sólo ese ejército, sino todo el país, fueron incapaces de ver y estimar el deseo de Carranza de dotar al país de un

gobierno civil, limitando al ejército a su función natural de guardián del orden interno y de defensor contra la agresión exterior.

Carranza ha podido tener ese ideal; pero, desde el punto de vista de la historia, es incuestionable que ni Carranza hizo un esfuerzo para ganar al país a su tesis, ni podía ser ella más disparatada políticamente hablando: Obregón había salvado, había hecho triunfar militarmente a la facción carrancista, y, desde este punto de vista, ya fue un milagro que Carranza alcanzara la primera presidencia revolucionaria. Pretender oponer a Obregón un ser tan oscuro y tan ajeno a toda prenda pública como era el candidato de Carranza, era, no sólo un absurdo político, sino que hubiera sido un desacierto administrativo de primer orden, pues Obregón resultó ser un gobernante de gran talla y un político de primer orden.